



UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN  
DIRECCIÓN DE POSTGRADO  
FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTE

**Democracia y revolución:  
estudio preliminar en torno  
a la filosofía de Jean Jacques Rousseau  
y su influencia en Maximilien Robespierre**



Tesis para optar al grado de  
Magíster en Historia

Candidato: Juan Carlos Medel Toro

Profesor Guía: Sr. Luis Rojas Donat

AÑO 2008, CONCEPCIÓN.

## Introducción

*“El hombre ha nacido libre y, sin embargo,  
vive en todas partes encadenado”<sup>1</sup>.*

*Jean-Jacques Rousseau*

¿Qué tan democrática puede ser una revolución? A partir de ésta pregunta, que a la vez será la guía de todo nuestro estudio, iniciamos éste ensayo en torno a la filosofía de Rousseau y su influencia en las ideas fundamentales de Robespierre. Los Jacobinos de la revolución francesa, cuyo principal líder era Maximilien Robespierre, han sido condenados históricamente. Su periodo en el poder ha sido estudiado para ser enjuiciado y, en ocasiones, vilipendiado. Se ha demonizado su accionar, se ha caricaturizado a sus líderes y se ha menospreciado su ideología. Su periodo ha sido llamado *El Terror*, a pesar de que ha habido varios otros gobiernos en la historia contemporánea más despóticos, crueles y sanguinarios que ellos. La influencia de Rousseau en ellos necesita seguir siendo estudiada, y sus motivos para ejercer la violencia han sido poco abordados. Esta investigación pretende hacer lo inusual al momento de estudiar a estos revolucionarios apasionados y fundamentalistas, pretende comprenderlos. Cuando encontramos algo que nos parece inconcebible (como la realidad del Terror), podemos haber descubierto un punto válido para ingresar a una mentalidad extraña. La necesidad de entender procesos revolucionarios como el de los Jacobinos es urgente, ir más allá de la condena, y sin afán de justificación, nuestra meta es intentar penetrar en el sistema de pensamiento jacobino, específicamente en las ideas de Robespierre, a la luz de la filosofía de su más grande ideólogo y guía: Jean Jacques Rousseau.

Nuestro principal objetivo es analizar y profundizar en la filosofía de Rousseau y cómo ésta fue asimilada por Robespierre. De este modo, Rousseau no es abordado en este estudio como una mera influencia de Robespierre, sino al contrario, su filosofía es el centro de nuestra investigación. No partimos desde el líder jacobino como sujeto de análisis, sino desde las ideas del filósofo para llegar a la interpretación que hizo de ellas Maximilien durante el gobierno revolucionario que va desde junio 1793 hasta julio 1794. Por todo esto, nuestro trabajo no es sólo historiográfico sino también filosófico, y el estudio de los libros de Rousseau ha sido fundamental para comprender, no solo su personalidad y sus ideas,

---

<sup>1</sup> ROUSSEAU, Jean-Jacques, *El Contrato Social*, Edaf, Madrid, 1985. p. 40

sino también el carácter y el pensamiento de Robespierre. La filosofía de Rousseau abarca varias temáticas además de la política, pero todas ellas influyeron en las ideas y el comportamiento del líder jacobino, porque Robespierre no leía a Rousseau como a un escritor más dentro de los filósofos de la Ilustración, sino como a un modelo a seguir, como a un guía espiritual, como a un maestro portador de la palabra sagrada. Por eso, toda la filosofía de Rousseau penetró en el pensamiento y la personalidad de Robespierre. El líder revolucionario leía a Rousseau para *aprender a vivir*, y así construir un mundo nuevo.

Rousseau hizo nacer el poder, no de Dios, sino de la razón y de la voluntad de los hombres, y dejó bien en claro que el pueblo se lo puede retirar al gobernante cuando lo cree conveniente. Sus escritos eran acciones. Él planteó el problema de la civilización, denunciando vigorosamente que la cultura, desvinculada en su finalidad del mejoramiento humano, era espúrea y decadente. El principio de la democracia –que pretendemos someter a cuestionamiento- se completó y cristalizó en su pensamiento. Fue uno de los primeros en dirigir audazmente su entendimiento hacia las cuestiones sociales, no obstante relegó a las mujeres a un segundo plano, el doméstico. Rousseau fue un hombre fuerte, que por instinto volvía a los manantiales de la vida. Irresistiblemente emocional, no produjo un sistema de pensamiento, una “catedral de ideas”, pero en sus búsquedas, menos sistemáticas que apasionadas, exhumó muchos materiales nuevos, demasiado valiosos y múltiples para su propio control. Todos sus impulsos se dirigían hacia la vida. A pesar de sus muchos errores, del nefasto papel que jugó en la subordinación de las mujeres, de su rol como precursor del fanatismo, prevaleció en él una tendencia incuestionable hacia la honestidad.

Propugnaba un estado social que se acercase más al “estado natural” de los hombres, que implicase una mayor restricción y disciplina, según su interpretación del mundo y de la vida. Pero nunca promulgó un regreso al estado salvaje, siempre pensó que la humanidad no puede ni debe volver atrás. Su mirada permanentemente estuvo en construir un futuro mejor más que en revivir un pasado heroico y utópico. Robespierre, en cambio, siempre vivió en el anacronismo, pensando más en la Antigua Roma que en la Nueva Francia. Su doctrina del contrato social es un llamado a la libertad, pero a una libertad consensuada, limitada y, a veces, restringida. Para él, no puede haber contrato entre esclavo y amo, porque solamente el esclavo está obligado a cumplirlo, mientras nada tiene

el amo que observar. Por consiguiente, si los hombres se hallan hoy en todas partes entre cadenas, si carecen de libertad, es porque el pacto social básico ha sido quebrantado.

Pero su mensaje a la época, la noción decisiva que hizo de él un instrumento de rebeldía, fue, en síntesis, la de la *soberanía del pueblo*, y la consiguiente definición del Estado como expresión de la *voluntad general* y colectiva del pueblo. La época en que aparecieron las doctrinas liberadoras de Rousseau estaba profundamente perturbada. No había libertad individual, ni de palabra, ni de prensa; ni igualdad ante la justicia, la que por el mismo delito colgaba o descuartizaba a un comunero y reprendía a un noble. Para él, la sociedad es un contrato de fraternidad y no de sumisión, la estructura de la sociedad descansa en un acto de asociación entre iguales. Pero cuando las libertades humanas han sido abandonadas o perdidas, entonces nada es como debería ser; se sobreentiende que, en tal caso, el contrato entre el pueblo francés y su soberano está viciado de nulidad.

El escenario no es otro que la revolución francesa, proceso que más que marcar el fin de la edad moderna, a nuestro juicio marca el inicio del mundo contemporáneo. Si la economía del mundo del siglo XIX se formó principalmente bajo la influencia de la revolución industrial inglesa, su política e ideología se formaron principalmente bajo la influencia de la revolución francesa. Como lo anunciaba Saint Just, uno de los principales líderes jacobinos, en un discurso en la Convención el 24 de abril de 1793, “*pronto las naciones ilustradas procesarán a quienes las han gobernado hasta ahora. Los reyes serán enviados al desierto a hacer compañía a las bestias feroces a las que se parecen, y la naturaleza recobrará sus derechos*”<sup>2</sup>. Soplaban nuevos vientos, eran vientos de revolución que arrasarían con todo lo establecido, incluyendo a los mismos revolucionarios. Este tipo de ideas eran las que predominaban en los Jacobinos, quienes frecuentemente daban a entender su deuda filosófica con el más revolucionario de los filósofos ilustrados: Rousseau. Y el filósofo suizo creía básicamente que los hombres en su intimidad son buenos todos, aunque algunas circunstancias los vuelven malignos. Y en esta investigación es eso precisamente lo que nos preguntamos: ¿Robespierre y sus seguidores eran unos malvados con una insaciable sed de sangre y poder? ¿O fueron las circunstancias históricas los que los llevaron a actuar de esa manera? Esta disyuntiva es la guía de nuestro trabajo y de nuestro constante reflexionar a la luz de la historia.

---

<sup>2</sup> Citado por Eric HOBBSAWM en *La Era de la Revolución*, Editorial Crítica, Barcelona, 2003. p. 61.